

CUENTOS

Óscar Cortés Tapia

EL CENTRO DEL PLACER

Fueron semanas y semanas en cámara lenta frente a aquel colegio, mi dulce pequeña. Pero el horizontal, el definitivo placer que adivinaba yo en tus 12 ó 13 años bien las valía. Incluso la asfixia del temor: ¿Si me descubren...?

Mi tierna niña, el mediodía que te adentró en mi apetito aún hoy me sacude: tus muslos de dorado trigo, en medio de un campo de faldas a cuadros, muestran, en la fugacidad que permiten los alocados saltos y giros, la tela ceñida a las duras nalgas, a la riquísima vulva.

Lo confieso: esa vez decidí que tú serías el centro de una noche inolvidable, toda glotonería.

Por eso el disfraz, distinto en cada ocasión frente al colegio, por eso el infierno de la espera, por eso el forcejeo en el instante preciso y luego el cloroformo, por eso el arrancón en mi auto con rumbo al Paraíso, por eso, pan de mi deseo, por eso.

Por esto, manjar mío, el vino y la mantequilla y las especias adjetivan tu succulencia natural.

PIGMALIÓN

A Bo Derek

Buscaba sin éxito a la Mujer Perfecta. Y su obsesión lo llevó con el psiquiatra: necesitaba levantarse del suelo de la derrota.

—Lo suyo no es algo grave —dictaminó el especialis-

ta luego de varias sesiones—. Déle una actividad absorbente a sus energías, a su tiempo. Practique la escultura, digamos.

La terapia, sin embargo, se desvió del rumbo inicial: cada vez era más notoria la semejanza entre los imperfectos animales de bronce y mármol y ciertas redondeces femeninas. Tarde o temprano el hombre recaería.

Dispuesto más que antes a curarse, incorporó por su cuenta a la terapia el añejo principio homeopático de la similitud:

—Si la Mujer Perfecta no existe, yo haré una.

Conseguirlo le tomó años, pues además de corregir su impericia escultórica, debió reunir en un catálogo gran variedad de medidas y tipos femeninos. El marfil fue carne idónea para la estatua.

Tuvo sólo un tropiezo: la boca, instrumento que las mujeres destinan a la maledicencia y glotonería. Pero el hombre, tras meditar largamente, halló la solución.

Al fin. Ahí estaba Ella. De formas dictadas por la armonía, por el más erguido deseo. Y cuya boca ocupaba el sitio habitual del origen y medio del placer: bajo el pubis.

Sucedió entonces que Ella cobró vida. Fue en una noche de vino griego y soledad aguda.

El hombre no supo si atribuir el milagro a la mismísima Afrodita o a un error en el diagnóstico del psiquiatra.

Los días que siguieron, las semanas, los meses, fueron para el hombre la alternancia de gozosos estremecimientos en la cama con felices —por silenciosas— charlas con la mujer.

Llegó a amarla. Claro. Y era Galatea Rediviva, Delicia Infinita, Sueño Alcanzado.

No obstante todo pronóstico de inagotable felicidad, el hombre también la odiaba. En especial cuando la borrachera o el recuerdo de otras mujeres le hacía insoportable esa muda perfección rodeada

de vello púbico. Y Galatea se convertía en Pesadilla Glotona o Vampiro Insaciable.

NOCTURNO AMOR

I. Desde su cama ella, la viuda del cuidador del cementerio (negras tetas como cocos, negras nalgas de hipopótamo), me mira.

—Todavía no te vayas —dice con un acento de miel.

Sus dedos regordetes son boas que se enroscan en mi verga. Ah, su lengua completa el milagro: la resurrección de la carne. Sé entonces que me hundiré entre sus piernas otra vez, muchas veces más.

“La verdadera Gloria está en un coño húmedo, caliente”, escuché hace tiempo, tanto tiempo. El desconcierto se apoderó de mí. Ahora por las noches en la casucha junto a la barda que separa el cementerio del bosque encuentro a Dios.

II. Amanecerá pronto. Imposible olvidar quién soy: Tadeus Lee, conocido, respetado por todos en Jacksonville. Y yo con esta cogelona mamadora. Una negra. ¡Una negra!

Ella se levanta de la cama. Se acerca. La luz de luna que se filtra por la ventana la vuelve un gran coño hambriento escuriendo semen.

—Ven, cariño —dice al secar con las sábanas sus piernas de elefanta.

Su mirada es dulzona, pegajosa. ¡Sonríe la ramera!

—Ven.

Pasea los labios de gorila, de orangután, por mi barba, mi cuello. Cinco boas reptan de nuevo por mi vientre.

¡Mierda. No se cansa la perra! ¡¿Se habrá enamorado?! ¡¿O qué demonios?!

No lo pienso más. Sin volverme siquiera hacia la negra piojosa, atravieso la pared de la pocilga. Voy hacia una lápida, la grabada con mi nombre.